

Güeno-mapu

Escribe: GABRIEL CARVAJAL

Helechos. Susurran como el abanico del pavo real. Ahí están. En grupos o hileras sobre la huella rojiza que va al caserío. Junto a la selva. Lejos, adentro, a donde solo llegan a ramonear los vahuales. En la traba de pellines, ulmos y araucarias, rosal silvestre y zarza levantada en altura de lianas y cañaveras. Las ramas de la araucaria que escalan zonas de transparencia. Polen diseminado en urdimbres donde a veces lentamente brilla alguna semilla blanca. Los ulmos, recubiertos de nieve aromática y enjambres en primavera. Líquenes que caen en crineras de viento ralo. Estación de lluvias. Hubo bloques de araucarias que se hundieron. Zonas que permanecieron sumergidas. El puma se retrepó a las ramas altas. La torcaz, el mirlo y las bandadas estridentes, durante el silencio, se acercaron a las nubes y ya no volvieron sino hasta el mediodía. En silencio. El indio solo también sintió ese rumor que pasó brincando entre las hojas, y sintió miedo. Se irguió sin dejar el aparejo de labranza. Asiéndolo con más fuerza. Había una acechanza, inminente, muy próxima pero desconocida. El hombre corrió, quiso correr hasta la tierra llana y firme a donde había sol. Llegó al otero pinto rodeado de bosque: un claro con herbal de yuyos y manchas de tierra caliza. Había corrido dando tumbos. Todo se caía, removido por el trueno ascendente. Se abrían brechas de agua sarmentosa. Cerros que se volcaban en ceniza y lodo ardiente. Se hundían. Reaparecían allí donde antes estaba la sementera y los tordos, los quillayes, el ganado disperso apacentando. O entre otros montes. Minutos de sol oscuro, lluvioso. Montañas de oleaje que remontaron la desembocadura de los ríos, recubrieron con destrozo muelles y poblaciones y dejaron al retirarse un turbio manto de arena.

El estaba solo y no sabía. Pero sabía, como todos, como ese animal dorado que se agazapó entre el ramaje, sabía. Estaba solo, solo entre las coníferas, los matorrales y las nubes que habían quedado cercándolo allá lejos como algo casi olvidado. Solo. Sin conciencia de nada. Pero se debatía aún con las últimas fuerzas por arrancarse de esa grieta que en un abrir y cerrarse lo había entrampado con grandes tenazas de tierra y guijarros hasta la cintura. Allí, en el otero, mientras corría, huyendo de todo lo que se volcaba. No había sabido nada. Solo mucho después, luego, al reconocerse apenas torso vivo, insensible como esos terrones corrientes y sordos, lo había sentido. Adormecido igual que la tierra ya en

calma, débil, hundido hasta la cintura allí donde empezaban las estrías de ácido. Volver en sí. Volver a mirar el aire sereno bajo el cual todo se ha destrozado —un torso agónico, menos que un animal pero siempre un hombre, entre el silencio— y el relente azulino de la luna nueva sobre la copa de los árboles, con algo de él que había renacido también, aunque extraño... Antes de reconocerse todavía, impotente y vencido por esas horas, lo había sentido.

Ni el menor guijarro había dejado de sentirlo. Había rodado junto a otros, se había desmenuzado como arena. Resonaba aún por dentro ese rumor de rocas que se deshacen, de resaca lejana. Polvareda reseca y áspera a semejanza de los volúmenes que exhalan los espacios de océano hirviente y las lagunas. Raíces arrancadas de cuajo. Sus articulaciones donde queda visible la savia goteante. Cartílagos y filamentos desprendidos. Celulosa animal.

Como el vaho frío que le había remontado después, en efluvios lentos desde la tierra. Lo que se había internado en él después de la alegría cervical, de eso que era saberse todavía vivo, antes del nuevo desvanecimiento. Un indio, un indio solo. Y ahora otra vez volvía el sopor, se apagaba y encendía a ratos en su mirada como una luz viscosa. "Nadie vendrá a socorrer al enterrado. Nadie volverá a abrir la tierra y a liberar a los árboles y los animales de su encierro... Nadie tendrá manos tan grandes como para hacer la tierra añicos y luego poder rehacerla igual pero más bella y poner finalmente a los hombres y a las mujeres de pie, para siempre". Susurraba el viento entre los helechos y volvía a buscar su nidada entre los matorrales el pavo real.

Cuando sube el rayo se abre un resplandor en la llanura. Es muy breve. Como cuando el calamar enlaza al pesquero y no pueden eludirse las ventosas husmeantes y rápidas, sus cerdas amarillas. Como cuando el boa abraza a la pequeña construcción y la tritura, allá en el fondo de los trópicos. Como la recua encabritada al borde de la sierra o el lustre sombrío de los pécaris aguardando con paciencia y sus diminutos ojos vidriosos. Aullidos. Silencio. Hasta que el dolor segrega su propia sal narcotizante. Las superficies se barnizan de laja untuosa. Todo se petrifica. El círculo del cóndor lunar, los renacuajos de Agua Azul, los lagartos verdosos entre el fango, las matitas de yuyo.

El animal estaba allí, entre el ramaje. Su pelambre atizada, con estrías de sangre fresca. A ratos, también, el hombre todavía esperaba. No sabía qué, pero esperaba. Después volvían a teñírsele los ojos de sopor y el sol sureño iba secándole el sudor lentamente y dejando pequeñas manchas de sal. Sol débil.

El área del león es de cinco metros. Aun dentro del sueño más profundo, él sabe cuanto ocurre en su espacio. Si una víbora se adentra en ese radio un milímetro apenas, los párpados se abren y desde antes ya la mirada está dirigida con precisión al intruso. El siente esos rayos y se escurre a su madriguera o se ovilla. Cada uno en la selva tiene su círculo, mayor o menor pero exacto. Se temen o respetan. Pero cuando una razón mayor ataca a todos por igual, entonces se unen y corren jun-

tos por la tierra llana, todos, grandes y pequeños, y todos ven solo eso: esa célula inicial como un solo ojo grande y sin pestañas, solo eso, lo que mira y pasa huyendo sobre la tierra. Todos entonces son, en verdad, compasivos, sin esa milésima de tiempo disponible que hace a la compasión consciente de sí misma y la borra. Se unen, y solo la tranquilidad vuelve a aislarlos en su cálido y apartado reducto familiar. El hombre estaba así, ya sin sueño. Todavía resquicios de oxígeno le asomaban a los ojos, sin esperanza. Ya no podía esperar. Pero entonces, nuevamente, empezó a sentir la presencia ineludible. Otra vez el terror. La imagen de sí mismo en la trampa. La habían sentido también los juncos, allí junto a la arena, que conservaba las huellas pesadas y silenciosas, cuando había ido a restañarse las magulladuras de la zarza y el cuarzo. El agua calma había reflejado su mirada amarilla y humillada. El aire iba rodeándola. A su paso entre los matorrales, finas orejas blancas se alzaban y desaparecían. Ojos rosados, tras las matas y las raíces, de pronto adquirían un color sulfúrico y huían. La pequeña culebra austral, que se había esfumado ondeando por el agua, la había visto y ahora seguía atisbándola desde un maitén. Todos los ojos sobrevivientes seguían su paso, el pelaje castaño y el claroscuro casi imperceptible de los músculos vibrantes bajo la piel. Veían la elasticidad de la marcha, el filo de las garras que suelen dejar surcos resinosos en la araucaria. Veían la atmósfera de serenidad que el puma hembra iba dejando a su paso. Aún cojeante y cansina, malherida y con coágulos de sangre oliente a sal, la bestia conservaba —aumentado por el miedo a que se había sobrepuesto— su tradicional prestigio majestuoso. El hombre también estaba sintiendo su presencia. Desde antes que saliera del bosque y se le aproximara. Pero él, ya también, sin miedo. Llegaba la noche otra vez, como si todos los pumas del planeta empezaran a mirar desde arriba. Sintió su presencia cerca, los ojos de ámbar casi junto a los suyos, que lo miraban con bondad e interrogantes, y entonces el animal y el hombre reconocieron. La bestia lo olfateó. No lo mordió, él alcanzó a saberlo. Luego largo rato estuvo lamiéndolo, mientras la noche se espesaba. Ahí estuvo. Y después, mucho después, una sombra amarilla a grandes saltos pasó alejándose sobre la selva.

* * *

Estos son hechos que ocurrieron en la selva austral, algunos de cuyos árboles verdaderos aquí se nombran. Cambian de apelativo conforme avanzan o disminuyen las latitudes. Las voces "güeno-mapu" pertenecen a la lengua mapuche y significan "sobre la tierra".

Pellín: roble chileno.

Ulmo: variedad que da tupida floración blanca, preferida por las abejas.

Maitén: arbusto común del sur de Chile.

Vahuales: vacunos cimarrones.

Yuyo: fina hierba de flores amarillas, rosadas o blancas.